

## Fascismo o la estafa de la plenitud

Gabriel Sarmiento

Encuentro Clínico Lacaniano Asociación Psicoanalítica Río de la Plata

*En el contenido de la ideología fascista  
no hay muchas cosas que se puedan amar*

Th. Adorno

Me atrevo a ponerle nombre a un malestar. Para ello, rescataré un significante de comienzos del siglo XX para hablar de un presente. Hablo de fascismo y encuentro en él tres notas cardinales: individualismo sostenido por el ideal de la complementariedad de los sexos, autonomía como no dependencia del Otro y libertad en su versión libertaria.

El individuo se presenta como una esfericidad compacta, maciza, sustancial. Un yo autónomo, completo y transparente. Una máquina bifronte (cerebro-cuerpo) alimentada de dopamina, cortisol, serotonina y oxitocina. Aquí podríamos retomar el concepto de “uniano” (*unien*), anagrama de “*ennui*”, aburrimiento. Uniano como esa bolsa englobante, unidad especular que delimita un interior y un exterior. Individuo como la melodía monocorde, sin modulaciones. Para Guy Le Gaufey “El uno unario merecería llamarse también el uno furtivo, ya que no perdura”<sup>1</sup>.

La grilla fascista admite solo dos morfologías: cóncavo y convexo, hombre y mujer. Versiones que, a su vez, se complementarían en una unidad sin fisuras, sin ribetes. Y si seguimos con la metáfora de la geometría espacial, los individuos son esferas que se desplazan (o deberían desplazarse) sobre un plano pulido, sin obstrucciones, sin constricciones, totalmente libres. Así, tanto la “libertad de elección” como “la propiedad de sí mismo” serán los ejes sobre los que pivotará su acción ética.

Este sustancialismo tiene una larga historia. Jacques Derrida lo recordaba al decir que “se podría mostrar que todos los nombres del fundamento, del principio o del centro han designado siempre lo invariante de una presencia (*eidōs*, *arché*,

---

<sup>1</sup> Le Gaufey, G. (2001) *El lazo especular Un estudio transversal de la unidad imaginaria*, México: Epee, pág. 292

*telos, energeia, ousía* [esencia, existencia, sustancia, sujeto], *aletheia*, trascendentalidad, consciencia, Dios, hombre, etc.)”<sup>2</sup>. Este breve catálogo recoge algunos de los nombres de la presencia, del ser, de una plenitud.

En sus reflexiones sobre el fascismo Ernst Bloch hablaba de la “estafa de plenitud”. El fascismo vende la promesa de la satisfacción, pinta la adecuación exacta entre la palabra y la cosa, la pulsión y el objeto. El fascismo contemporáneo tiene un eco de su predecesor, un aire de familia. “Estafa de plenitud” que se presentifica en el fantasma articulado por una operación del superyó<sup>3</sup>. Podríamos preguntarnos ¿cuál es el envés antifascista de la plenitud?

Quizás, el psicoanálisis tiene algo para decir puesto que, para empezar, no se trata de individuo. En “El atolondradicho” Lacan dice que “lo que concierne al discurso analítico es el sujeto, el que, como efecto de significación, es respuesta de lo real”<sup>4</sup>. Sujeto barrado, agregamos, intermitente, atravesado por la falta, incompleto, habitado por un vacío éxtimo, agujereado. En contraste con la superficie pulida e impermeable del individuo, podemos contraponerle la imagen de la cadena calada de los significantes. Si ésta sola enunciación supone el escándalo del saber referencial, predicativo, acumulativo de la ciencia contemporánea, no sorprenderá el alboroto que significó para Lacan cuando en el seminario interrumpido de 1963 se preguntó (ante su audiencia psicoanalítica) por lo que hace agujero.

¿Qué hace agujero? *Los nombres del padre*. Es la voz de los nombres del padre la que induce el vacío, nombra el vacío. Producto de esa paradoja que supone nombrar lo impronunciable es que sólo podemos vislumbrar *versiones* del nombre del padre. Las versiones del padre son las transformaciones del fantasma en un análisis.

*Los nombres del padre* hacen agujero ahí donde el individuo contemporáneo viste una plenitud contingente. En términos de René Lew, los nombres del padre son impredicativos, si entendemos impredicativo como “lo que no colma el vacío

---

<sup>2</sup> Derrida, J. (1989) “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*, Barcelona: Anthropos

<sup>3</sup> Superyó porque, como decía Marcuse “El Estado nacionalsocialista no es. el reverso sino la consumación del individualismo competitivo. El régimen desata todas estas fuerzas brutales de interés propio que los países democráticos trataron de reprimir y combinar con el interés de la libertad”.

<sup>4</sup> Lacan, J. (2012) “El atolondradicho”, en *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, pág. 483

significante que lo compactifica”<sup>5</sup>. O, para decirlo de otra manera “la compactificación es el hecho aporético del vaciamiento (de la abertura inherente a la significación como causa): es el Padre (como ausencia presentificada) quien compactifica los registros del mundo”<sup>6</sup>.

Pero volvamos al fascismo. ¿Qué concepción de cuerpo deriva de su idea de individuo? Es un cuerpo como máquina de hormonas y neurotransmisores. A lo sumo, si hay malestar es por una intoxicación de cortisol. Se concibe al cuerpo desde un olvido o mejor, un no-saber en tanto apela a un “ser que se sostiene en [el cuerpo y] no sabe que es el lenguaje el que se le concede”<sup>7</sup>. No hay ecos del decir en el cuerpo, hay ecos químicos sobre la materia.

Los nombres de la presencia instalan cuerpos desechables, prescindibles, valores de uso, administrables. Los *nombres del padre* se sostienen en una lógica impredicativa e impredecible, no manipulable. Aparecen como *tyche*, evanescencias que cortan la cadena de asociaciones, suspensiones de los sentidos fantasmáticos, cristalizados. Pero no sólo eso, sino que torbelliman, escupen y tragan. Esa *tyche* no es fabricable por un acto de la volición. Por eso, dirá Lacan en su seminario interrumpido “Los nombres del padre”: “El nombre, como les mostré, es una marca ya abierta a la lectura -por lo que se lo leerá igual en todas las lenguas-, impresa sobre algo que puede ser un sujeto que hablará, pero que de ninguna manera hablará forzosamente”.

Además, los nombres marcan, dejan huella. “Cuando Abraham se entera por el ángel de que no está ahí para inmolar a Isaac, Rashi [un comentarista judío del siglo XI] le hace decir: *¿Entonces? ¿En ese caso, vine para nada? Le haré sin embargo por lo menos una leve herida para que sangre un poco. ¿Eso te complacerá, Elohim?*”<sup>8</sup>. El nombre marca, ningún sujeto sale ileso de los nombres.

Si los nombres de la presencia anudan, segregan, deportan, jerarquizan, estigmatizan; los nombres de padre se parecen a válvulas de escape, fugaces,

---

<sup>5</sup> Lew, R. (2023) “Anexos. Definiciones de la impredicatividad y la recursividad” en *Lógica del cuerpo y de la motilidad*, Buenos Aires: ECLAP Editorial, pág. 156

<sup>6</sup> Lew, R. (2012) *Positions: (31) Compactifier*. “la compactification est le fait aporique de l'évidement (de la béance inhérente à la signifiante comme cause): c'est le Père (comme absence présentifiée) qui compactifie les registres du monde”.

<sup>7</sup> Laca, J. (2012) “Radiofonía”, en *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, pág. 431

<sup>8</sup> Lacan, J. (2005) *De los Nombres del Padre*, Buenos Aires: Paidós.

aberturas, rendijas, bordes. Litorales donde el sujeto, eventualmente, inventará algo para poder aferrarse. Así, nos preguntamos: ¿Qué fascismo se puede sostener sobre arenas movedizas? ¿Qué ilusión de plenitud resiste al movimiento del agujero? No se trata contraponer una discursividad predicativa fascista a una discursividad impredicativa analítica, como mera negatividad, oposición o antítesis. Quizás el psicoanálisis no sea el antídoto al fascismo, pero ciertamente, se atreve, al menos, a asomar al agujero.